

# El vínculo de la nada con el cero, la negación y la ausencia

Héctor Sevilla Godínez

Centro Universitario de los Valles, Universidad de Guadalajara

## Introducción

Para lograr ubicar el lugar de la nada es necesario, primeramente, realizar su distinción con el cero, la negación y la ausencia. Por esto, el artículo se enfoca en delimitar lo que se entiende por cada uno de estos conceptos y la relación que guardan entre sí; evidentemente, el vínculo entre la nada y la negación es clarificado en el uso del lenguaje, pero se advierte en mayor medida una relación entre la negación y el no-ser que con la nada. Por otro lado, cuando se realice la diferencia entre la nada y la ausencia será a partir de dos condiciones particular, a saber: la expectativa y la percepción, cuestiones sin las cuales no existe conciencia de la ausencia.

## 1. La nada y su vinculación con el cero

Como todo símbolo, el cero ha tenido múltiples interpretaciones en la historia de la humanidad. En Occidente, la ingenuidad y el miedo, con no poca presencia de ineptitud, empujó a las personas a vincular al cero con algo maligno. De hecho, “en la Edad Media se consideraba al cero como obra del diablo o el diablo mismo, el gran supresor del significado” (Kaplan, 2000: 233). Aunado a lo anterior, según Barrow (2001: 9) está claro que “la antigua adicción Occidental a la lógica y a la filosofía analítica, impidió el avance hacia una idea fructífera de la Nada como algo que podría ser parte de una explicación de las cosas que vemos”; es justo lo contrario lo que intento hacer en el presente texto.

Dejando de lado las relaciones fantasiosas del cero con el mal, debe afirmarse que el cero no es negativo ni positivo (como es obvio), está centrado en la estrecha franja entre ambas posiciones. Mucho menos, naturalmente, tiene una connotación moral.

En contraste con lo sucedido en el Occidente medieval, fueron tres las civilizaciones que introdujeron el cero a la serie de números, lo entendieron como algo previo a la existencia de los mismos. Las civilizaciones de los babilonios y los mayas no se asocian directamente con

las raíces del occidentalismo, puesto que han sido obstaculizadas en su relación con Occidente.

Los más antiguos sistemas numéricos se remontan al año 3000 a. C. El primer sistema jeroglífico egipcio era de uno a nueve. No había necesidad del cero a menos que no hubiera una cantidad que contar; para los egipcios, que contaron con el primer sistema decimal de la humanidad, no existía la importancia del cero. Por otro lado, fueron los sumerios quienes incluyeron, además del sistema decimal, un sistema en el que el número 60 era una pauta de medición, de ahí heredamos el hecho de construir las horas de 60 minutos y éstos de 60 segundos.

En Babilonia, alrededor del año 400 a. C., se incluyó el cero para marcar una ranura vacía en las tablas que eran usadas para la simbolización posicional de un número. Este espacio o ranura vacía era similar al cero que conocemos hoy en día, de tal modo que ya había una noción del mismo. Según Barrow (2000: 39) la cultura babilónica fue responsable de la “primera representación simbólica del cero en la cultura humana”, aunque sólo fuese para referir un espacio vacío; su idea de tal espacio aún distaba del cero como aquello que está al inicio de cualquier numeración o como la resultante de la operación siete menos siete.

244

JULIO  
2016

En Mesoamérica, 500 años d. C., los mayas crearon el uso del cero con notorias implicaciones entre éste y la realidad metafísica de la nada. En esta cultura se crearon varias representaciones para el cero: desde un hombre tatuado con la cabeza echada para atrás, hasta conchas de caracol, rostros, ojos y figuras aún no identificadas. Para los mayas, el dios de la muerte era representado por el cero, este dios gobernaba a los nueve dioses de la noche. Con esto se comprueba que “la nada, adecuadamente disfrazada de algo, nunca está lejos del centro de las cosas” (Barrow, 2000: 9) que suceden ordinariamente. Los rituales de los mayas se asocian con dar muerte a la persona que representaba el cero, pero ninguno de estos rituales evitó que al final, Cero, el dios de la muerte, acabara con los mayas.

Precisamente, la desaparición de las culturas babilonia y maya impidió que sus representaciones simbólicas del cero fueran recibidas por el resto del mundo. Tal crédito se lo llevó el cero de la India, el cual representaba el vacío o la ausencia. Al utilizar un sistema posicional, los indios desarrollaron el símbolo que hoy conocemos como el cero, el cual sustituyó la figura del punto con el que solían representar cuestiones aritméticas. La presencia

del cero a la derecha de algún número suponía su multiplicación por diez, tal como hoy lo hacemos para distinguir el uno del diez; lo mismo hacemos, aumentando los ceros, para referir centenas o millares. Precisamente, una tradición de las mujeres indias es ponerse un punto en la frente lo cual supone aumentar diez veces su belleza.

En la India, el cero se asoció con la idea de la nada e incluso surgió el concepto de *Bindu* que simboliza la esencia del Universo, a pesar de ser el objeto más insignificante posible, algo así como una nada de la cual podría fluir todo. El término *sunya* también representa el vacío y puede asociarse al no-ser.

En ese sentido, los indios fueron mucho más abiertos que los griegos y no tuvieron problema en la inclusión de la noción de la nada y la Nada dentro del espectro cultural colectivo. De hecho, de acuerdo a Barrow (2000: 52):

Las tradiciones religiosas indias se sentían más cómodas con estos conceptos místicos. Sus religiones aceptaban el concepto del no-ser en pie de igualdad con el ser. Como muchas otras religiones orientales, la cultura india consideraba la Nada como un estado a partir del cual uno podría haber llegado y al que se podría retornar; de hecho estas transiciones podrían ocurrir muchas veces, sin principio y sin fin.

El conjunto de significados que en la India tenía la Nada era muy amplio, entre otras cosas podría significar lo no creado, no producido, no-ser, lo impensado, lo ausente, lo insubstancial, insignificancia, sin valor, atmósfera, indigno, nulidad, punto, espacio y varios más.

En Grecia y en Roma, contrariamente a lo que podría esperarse, no sucedieron este tipo de avances debido a las connotaciones negativas que existían sobre la nada. Por ende, en sus sistemas de conteo no se incluyó algo parecido a un cero. Aunque con menor reconocimiento en el ámbito intelectual, la India aportó al mundo un sistema de recuento que representa uno de los más grandes logros de la humanidad y que ha sido adoptado mundialmente. Inicialmente, el uso del cero fue aceptado por la cultura china, posteriormente por los hebreos y entró a Europa por mediación de la cultura árabe, la cual se encargó de proponer los números arábigos en alusión obvia a su origen. La utilidad del cero había quedado clara para el mundo. Se le utiliza en matemáticas, finanzas y en cualquier sistema binario utilizado de

manera mundial. Más allá de lo funcional, el cero tiene también un significado filosófico aún no explorado del todo.

Por principio de cuentas, no es lo mismo interpretar el cero como la ausencia de números que como lo que precede a cualquiera de éstos. Si bien el cinco es ausencia de siete y el siete es ausencia de nueve, el cero es ausencia de todos. Se podría decir que el cinco además de ser ausencia de siete lo es también del ocho, del diez y del quinientos; pero no es ausencia de sí, del cinco mismo. Es similar la distinción entre el no-ser y la nada, puesto que el no-ser está en referencia a algo específico que no es o que puede no ser; en cambio, la nada está en relación previa a todo.

El cero es, propiamente, la representación de la nada, no del no-ser. La nada es más inmutable que el infinito, pues éste puede decrecer y la nada permanece; el infinito siempre está en relación a algo, y la nada está en relación consigo misma. En otras palabras, el infinito se refiere a la categoría de cantidad y la nada a la de sustancialidad. Por tanto, el término *nada infinita* es sólo un artificio lúdico, puesto que si la nada fuera infinita esto no supondría la negación de su disminución. En contraste, sí puede haber una Nada absoluta aun sin la consideración del infinito en el tiempo. Es por ello que “si uno mira el cero no ve nada, pero si mira a través de él ve el mundo” (Barrow, 2000: 17).

246

JULIO  
2016

El cero, como la nada, debe estar privado de toda categoría para poder así contenerlo todo, posibilitar todo lo demás. No siempre el cero tiene el valor de nulidad, no si está acompañado de cualquier otro número a su lado izquierdo. He ahí la cuestión, si el cero no tiene un peso numérico en sí mismo, ¿por qué eleva el valor del número que lo precede en una cifra? La nada tiene un valor en medida que es y se relaciona a lo que es; asimismo el cero, relacionado al número que le preceda, tiene simbólicamente mayor valor, se vuelve otro tipo de cero. Sin embargo, aun en ausencia de un número precedente, el cero es.

Análogamente, la nada puede tener dos formas de valor: una de ellas, como la absoluta Nada, sin asociación a algo más, por encima de todo; otra alternativa es la nada asociada, relacionada a lo que es en general, distinta al no-ser que está relacionado a un ser siempre específico. La Nada y la nada no están sujetas al Ser o al ser; cuando está asociada a un ser, a la manera de un no-ser, entonces ese ser mismo tiene un valor diferente: el valor del cambio, de la posibilidad e incluso de la potencia misma. Independientemente al lugar en que se le

ponga en una cantidad, el cero tiene la misma cualidad de cero aunque tenga una *representación* diferente para la interpretación humana. Del mismo modo la nada, que siempre es la nada, sólo es distinguible debido a la interpretación humana de visualizarla (no viéndola) en relación con el ser.

No podemos dudar de la existencia del ser, del mismo modo en que no puede objetarse que todo lo que es tiene la posibilidad latente de no ser, lo cual supone la existencia de la nada que contiene el no-ser del ente que asumimos que es al contener el ser. El cero existe, no ante la ausencia del número sino incluso con la presencia de los números. La nada no requiere de la inexistencia del ser, sino que aun con el ser relacionado a ella, *es no siendo*.

La nada por sí misma no puede ser vista, sólo le entendemos en relación a lo que es, a la manera de ausencia, de hueco, espacio o vacío, pero siempre en relación con la periferia del hueco, espacio o vacío del que hablamos. Sin esa periferia del ser en la frontera de la nada, no podríamos reconocer que hay algo más que no es lo que vemos. Sin el ser, la nada no podría ser comprendida por ningún hombre, empezando porque no habría un *alguien* que la comprendiera si hubiésemos eliminado todo ser. La eliminación del ser es la eliminación de toda posibilidad de comprensión de la nada, pero no de su existencia.

247

JULIO  
2016

Ciertamente, no todo es nada, pero sí es por la nada que vemos lo que es; si todo fuera ser no podríamos identificar las cosas que son, pues no habría distinción entre lo existente, todo sería un sólo ente con un solo ser. Incluso, en el supuesto de que ese único ente tuviera la capacidad de la conciencia, tendríamos que preguntarnos si es o no posible que viese a la nada si no puede asociarla a algo visible. Podríamos constatar, en caso de que sólo existiese un individuo pensante, que éste tal no podría distinguir algo si no fuera por la diferencia observable entre lo que es y no es él mismo, entre su corporeidad y el fondo en el que su corporeidad se sumerge. De hecho, con eso confirmamos que la nada es percibida (sin percibirse) en relación a lo sí percibido.

Sin algo que percibir entonces la percepción de la nada no sería posible y se mantendría como una Nada. En los números no hay semejante complicación, al ser símbolos particulares pueden ser observados y comprendidos en sí mismos. El cero en soledad, como símbolo de la ausencia de números, puede ser visto debido a que le hacemos tangible al simbolizarlo. En otras palabras el cero que es ausencia, es visto debido a que le hacemos aparecer con un

símbolo *que es*. De hecho, el símbolo del cero es una unidad y al ser unidad no es ya un cero en el sentido estricto de la cuestión. En forma similar, para atestiguar la presencia de la nada, al menos simbólicamente, le hemos obligado a ser como representación que es. Es obvio que al hacerle ser algo no es ya nada, es un símbolo que ya es algo, un algo que no es la nada, sino un algo que representa un cero.

Algunos existencialistas han hecho una significación semejante, no sólo simbólica sino emocional, por medio de la angustia que —dicen ellos— explica la presencia del vacío personal. Sin embargo, la angustia es y por ello no *es* la nada, en todo caso es sólo una representación de algo que debe ser disfrazado para entenderse, asociado para suponerse y no visto para verse. La angustia puede ser una consecuencia emocional de la representación de la nada, pero no es la nada misma.

El cero, entonces, no es un número. En español, una de las palabras para entender al cero es “nulo” que se deriva del latín *nulla figura* que significa “ningún símbolo”; esto supone que, al no haber símbolo numérico, la ausencia de tal sería el cero o no-número. Es por ello que “el cero se convierte en el número que se le añade” (Barrow, 2000: 96). Asimismo, el cero como suma no añade nada al número anterior, e igualmente como resta no sustrae nada al número del que se ocupa. Sin embargo, si a cualquier número le restamos su misma cantidad entonces será siempre cero. Del mismo modo, aun la cantidad más grande imaginable numéricamente se ve reducida a la nulidad si es multiplicada por cero.

Todo esto, obviedades aritméticas, adquiere un mayor sentido del que hemos supuesto si lo trasladamos al campo ontológico. Es decir, la nada no suma ni resta algo al ser, pero la destrucción o anulación del ser sí lleva a la nada. Si se contempla de manera adecuada y funcional, la nada permite ampliar las perspectivas; para ser conscientes de este valor se requiere saber entender lo que se ve. Del mismo modo que el cero a la derecha de un número le hace mayor en su codependencia con el cero mismo, la nada da otro valor a lo que es, a través de la relación de dependencia que el ser establece con la nada.

Ahora bien, ¿cómo algo que no es un número tiene la posibilidad de interactuar con los números tal como lo hace el cero? Debe considerarse la siguiente afirmación de Barrow (2000: 98): “Para que el cero sea una potencia de posición equivalente a aquello a lo que da poder, debemos comprender, para comenzar, cómo sumar, restar, multiplicar y dividir con él.

Eso fue precisamente lo que hicieron los matemáticos de la India, y de esta forma ayudaron a ejecutar un cambio trascendental”.

Sin embargo, el hecho de que con el cero se puedan hacer relaciones entre los números no supone que sea un número más o un número *igual* que los demás. No hay ningún número que sumado o restado a otro no le cambie de algún modo. De manera análoga, cuando Eckhart afirmó que sólo en el verdadero contacto con la deidad entendemos que no suma ni resta, está comprendiendo el valor del cero. Cuando Aristóteles acuña el término del Motor Inmóvil está, sin saber, aludiendo al cero, aquello desde lo cual inicia todo. El estagirita sólo podía vislumbrar esa posibilidad intuitivamente puesto que los griegos no conocieron el cero como lo conocemos ahora.

Cuando relacionamos al cero con las realidades humanas y con la nada en específico, tenemos una semejanza más que puede ser significativa. El cero es el símbolo que vuelve iguales a todos los números cuando son multiplicados o divididos por él. Si multiplicamos el número dos por el cero, o el número 678 por el cero, el resultado será el mismo: cero. Si bien es cierto que esto no supone nada nuevo para ningún matemático de grado básico, sí podemos hacer ciertas semejanzas con algunos aspectos fundamentales en lo que respecta a la comprensión de los demás en el terreno de lo humano. Lo que me une a otro y a otros es la nada que poseemos; cuando me doy cuenta de ello, encuentro la igualdad de nuestra entidad humana. Sea dignidad o indignidad lo que poseemos, llegamos todos al cero si nos disminuimos el número que somos.

Sólo en la negación, en la sustracción, en el contacto y la evidencia vivificante de la nada podemos ser Uno mismo con otro, ser la nada que somos. En medida que puedo sustraer mi propia yoicidad, podré entender lo que me une a otro humano. Por ejemplo, supongamos que queremos realizar una igualdad de dos letras (A y B). No es lógico pensar que la afirmación de cada letra me dará una igualdad entre ellas, en ese sentido A no es igual a B. La única manera en que las letras compartan algo es la negación. De tal modo, A no es igual a No A; así como B no es igual a No B. Tomando el antecedente de que A no es igual a B, la igualdad posible es que No A es igual a No B. Como contenido (A) no seré nunca igual a otro contenido (B), a menos que ambos nos vaciemos y podamos ser el contenedor, la negación que posibilita (No A y No B = No A-B). En medida en que puedo contactar mi propia nada es

que puedo entender lo que me une a otro. En ese sentido, no es lo humano lo que nos relaciona, une o iguala, sino lo antecedente a lo humano, la instancia fuente de la que hemos brotado: la nada.

Si todos surgimos de la nada, en la contemplación de la Nada, nuestro parcial retorno a ella, experimentamos la igualdad que el otro posee en referencia a nosotros. Lo que hemos supuesto que somos nosotros mismos nos aleja de lo que somos. La riqueza material nos divide, pero la pobreza ontológica que poseemos (entendida como univocidad auténtica) es lo que en verdad nos une. Que no veamos el cero del ser que poseemos no quiere decir que seamos la cantidad que nos hemos inventado suponiendo ser. Sólo en la sustracción de ese número es que entendemos que partimos del cero; el origen es la unión más fuerte con la otredad y sólo en la vuelta al origen se entiende realmente al otro.

No importa lo distantes que sean los números entre sí, cuando son capaces de autosustraerse convergen todos ellos, como unidad posible, en el cero. De tal modo que si resto 567 a 567 tengo que esto es igual a cero; o si sustraigo 71 al 71 nuevamente tengo un cero; si tomo 8 del 8 nuevamente la respuesta es cero. El cero es el resultado de restar algo por sí mismo, el yo sin el yo es la nada.

Naturalmente, si en vez de sustraerse se suma el número sobre sí mismo, estará más distante de los demás. Es obvio que los seres humanos no somos números y que esto podría resultar algo forzado para mentes poco abiertas y creativas, pero el mensaje es que en el origen y por debajo de la máscara del yo, cualquiera que ésta sea así como con cualquier número, una vez que la cantidad se resta a sí misma siempre será igual a cero. Se podrá objetar que una persona sólo puede sustraerse totalmente si muere, pero no es así; puede haber momentos de autosustracción parcial que no impliquen perder la vida. De cualquier forma, perder la vida supondrá la fusión más completa con la nada, una adhesión que unificará lo existente en la inexistencia que es. En el fondo, todos queremos ir al hogar primigenio, retornar al cero originario, el espacio de inexistencia en el que todo es apacible. Queremos ir a casa y dejar este espectáculo vital, quitarnos el uniforme de la corporeidad humana, sacudir nuestros números, desvestimos de esta carne que nos contiene, dejar de ser.

Como se verá más adelante, hay muchas experiencias que nos permiten entender la nada que nos posee. Es probable que en algún momento de inmovilidad, de quietud, de silencio



podamos captar el cero de nuestro ser. Quizá le captemos como un destello, como una pequeña luz en la oscuridad de nuestros supuestos, de reojo y con el riesgo de perder la vista.

Así, el cero como símbolo es sólo una manera de entender que todo número está llamado, con la ecuación adecuada, a regresar al cero del que ha emergido en algún momento. El cero es un signo en la economía numérica de la nada. El cero está lejos de ser el cero mismo, así como la nada conceptual de la que escribo está lejos de ser la Nada.

## 2. Distinción entre la nada y la negación

Para abordar este apartado me centraré en algunas líneas propuestas por Sartre en su libro *El ser y la Nada*. En éste, el filósofo francés supone que la nada se origina en los juicios negativos que la posibilitan; quizá esto último responda a la pregunta sobre qué hace al hombre percibir la posibilidad de la nada, pero no responde qué origina la nada. Si la nada surgiera de los juicios negativos que hacemos de las cosas, no se podría entender de dónde surge la intención o la noción de la posibilidad de un juicio negativo. ¿Cómo podría percibirse la negatividad de algo sin la nada que antecede la posibilidad de percepción? Además, incluso sin percibir la negatividad, la nada persiste en medida que la percepción no es.

251

JULIO  
2016

Si “la negación es resultado de operaciones psíquicas concretas, sostenida por estas operaciones mismas e incapaz de existir por sí misma” (Sartre, 2006: 45), entonces lo negado es una condición necesaria para que la negación sea. También se necesita la ausencia de lo negado para que lo negado sea la pauta de la negación. No es sólo que se necesite el objeto a negar sino la ausencia del objeto que posibilita la negación. De ese modo, la negación no es la pauta de la nada sino a la inversa, la nada concreta y específica es la pauta de la ausencia que origina la negación. Por ejemplo, se podría decir que mis elucubraciones existen debido a que leí lo que Sartre ha escrito, tales reflexiones estaban ausentes en mí hasta que sucedieron. Por otro lado, cuando yo escribo lo que estoy pensando, ese pensamiento es y al mismo tiempo posee un mensaje posible que aún no se ha visto y que alguien más puede captar al leer y así sucesivamente; la nada se reitera a sí misma en posesión de toda respuesta imaginable.

Ahora bien, si he captado algún tipo de mensaje en las afirmaciones sartreanas, es porque eso contenía la posibilidad de ser captado. La posibilidad se concretó cuando lo capté. Las

ideas que aún no se habían generado en mí, antes de asociarlas con lo leído, permanecían en la nada que las cobijaba permitiendo su posibilidad ante mí. Aquí estamos hablando de la captación o no de algo, no de la existencia o no de la nada; conmigo o sin mí, la nada es. Capte o no capte, entienda o no entienda, la nada no depende de ello.

Siendo así, ante cualquier mensaje existe la posibilidad de cualquier interpretación; no hay mensajes que contengan denotativamente en sí mismos todas las posibles significaciones que podríamos darles. Se equivoca quien crea que un mensaje, dado por cualquier persona, es captado por otra en su totalidad y que no hay distintas alternativas para interpretarlo. La negación de diversas posibilidades de captación supone invidencia ante otras formas de interpretación. Si creo que los mensajes tienen una sola forma aceptable de ser interpretados, no estoy contemplando la nada; aunque la nada sea. La manera en que la nada está, en este caso, es como ausencia de la captación misma de la nada, es decir, en la no-captación, en el no-ser de la captación de la nada. De tal modo, la nada no depende de la subjetividad, sino que el yo depende de la subjetividad, y de cierta habilidad, para captar esa nada. Cuando Sócrates, afirmó: “solo sé que no sé nada”, era más conocedor que los que no captaban la ausencia de conocimiento, su propia ignorancia.

Conocer la ignorancia es un modo de conocer, reconocer lo faltante, la carencia, el no-ser dentro de lo que percibido. En la ausencia se puede manifestar el no-ser, pero el no-ser es sólo una manifestación de la nada, no la nada misma. Hablando de nuestros saberes, ¿individualmente estamos más cerca de la totalidad o de la carencia de conocimiento? ¿Es más lo que sabemos o lo que no sabemos? Seguramente el lector estará de acuerdo en que es más lo que no sabemos que lo que sabemos. De no verlo así, quizá nos falte saber más. ¿Por qué negar entonces el ser del no-ser?

La no captación de lo que no he captado, o la ignorancia de la ignorancia, se sustenta en la nada por medio del no-ser del conocimiento. La nada posibilita el no-ser y el ser. El hombre de todas las épocas de la historia siempre ha creído que sabe y no sabe que no sabe; esa ausencia de captación, ese no saber que no sabe, le ofrece la ilusa certeza de que sabe y, por tanto, se perpetúa en su no-saber. La ignorancia de la ignorancia es una tierra fértil para la reproducción masiva de los obstáculos para contemplar la Nada.

Llegado hasta aquí, conviene aceptar, sin dramatismo alguno, que no puedo saber todo lo que no sé; en consecuencia, no puedo tener noción de los alcances de mi ignorancia. Es por ello, precisamente, que nadie escapa de la ignorancia de la ignorancia, al menos a cierto nivel. Análogamente, no escapamos de la perpetuidad de la nada. Hay más nada de la que el hombre mismo es capaz de captar, hay más nada que la que el hombre ve, o mejor dicho, que la que el hombre no ve.

Y esto es porque la nada antecede al hombre. Al principio la Nada era. ¿Hemos imaginado alguna vez en la Nada absoluta? ¿Cómo pensar en algo que no es lo que podamos pensar de eso? Jugar con las definiciones no es más que intentar describir a la Nada turbando a la nada que nos chorrea de náusea. La nada sigue estando ahí. Por ello Sartre (2006: 57) ofrece la siguiente afirmación de buena fe: “el ser es anterior a la nada, y la funda”; pero, ¿es esto posible? Sartre se centra, errado, en un absoluto cuyo fundamento es el ser. ¿Podría formularse, contrariamente, que la nada funda al ser? Algunos han tratado de negar tal posibilidad mientras explican, desde la óptica religiosa, que “el principio era el Verbo”; no están del todo errados, pues “no-ser” también es un verbo. La nada, permite que el ser sea, lo antecede y es el marco del que brota.

Por otro lado, coincido parcialmente con Sartre (2006: 48) cuando llama *fragilidad* a la posibilidad humana de no ser. Mis objeciones concretas son las siguientes:

- 1) En caso de entender que somos frágiles, debido a que contenemos la nada, caemos en un error que nos regresa a una falla categorial. Si se cree que el hombre es frágil por poseer la nada, se está sosteniendo la suposición de que el ser contiene la fuerza y que poseerlo la otorga; en tal caso, no se ha roto la dualidad dicotómica entre el ser y la nada, no se ha entendido que la nada es la posibilidad del ser mismo. No es que el hombre tenga la posibilidad de la nada, sino que tiene la posibilidad de contener el ser; en los fugaces instantes en que cree que es algo, antes de que la percepción de la nada le haga pensar lo contrario, el hombre se percibe autosuficiente. Si soy capaz de entender que la nada no es algo no-mío de lo cual hay que alejarse, en el ridículo intento de “ser yo mismo” o en la idea sartreana del “ser en-sí”, entonces me perderé en la frustración plena del ser. La frustración no es un no-ser, la frustración es; yo no soy la frustración, pero sí la puedo vivir. ¿Qué salvación queda? Aceptar mi nada (con minúsculas) para

reconciliarme con la Nada, así como dejar de lado una serie de condiciones que pueden hacerme pensar lo contrario. No debo escapar de la nada intentando ser, puesto que la nada es la que me hace ser, tener el ser. ¿Cómo le llamo a la comprensión de esto? Nihilismo acoplado; habrá tiempo para abordar el asunto más adelante, cuando me refiera a ser un nadante. Por tanto, el término de *fragilidad*, que Sartre utiliza, no es en realidad lo que el hombre es por su posibilidad de no ser, sino que es lo que siente el hombre debido a la percepción incompleta de su propia nada.

- 2) Cuando Sartre refiere la “posibilidad de no-ser”, ha perdido de vista su apuesta teórica inicial de no reconocer las potencias. ¿Cómo existirían posibilidades potenciales en un ser que sólo es lo que es? Si afirmo que soy lo que soy, pierdo de vista que cualquier cosa que diga que yo sea, está constituida por mis pensamientos erróneos e incompletos de lo que soy; de tal modo, no soy lo que digo ser. La afirmación egocentrista y vanidosa de “soy el que soy” supone una falsa totalidad por implicar el dominio del ser ante la aparente imposibilidad de la nada; todo es afán de ser en esa afirmación. Si digo que “soy el que soy” no observo que también puedo ser lo que aún no soy, o que quizá sea algo que aún no percibo y que asumo que no soy. Sin embargo, afirmar que “soy el que soy” es menos erróneo que definir mi persona con adjetivos, eso sería encapsularme innecesariamente. Dejar a la nada ser en mí, es más propicio que intentar ser yo. Por ello, no soy lo que soy. Precisamente, hay que distinguir entre la negación hecha y la nada que la origina. Soy la nada, no soy lo que soy ahora ni lo que creo ser.

### 3. Distinción entre la ausencia y la nada

Enseguida haré algunas distinciones entre la ausencia y la nada; para ello, me centraré en dos aspectos que requiere toda ausencia: la expectativa de lo que consideramos ausente y la percepción de la no presencia de lo ausente. En un sentido amplio, existe siempre la posibilidad de la ausencia; debido a que lo existente está ubicado en un lugar específico que no puede coincidir continuamente con el sitio del que percibe. Por ello, existen tantas ausencias como sean posibles de acuerdo a quien percibe las cosas como presentes o no. La nada posibilita estas ausencias sin ser la ausencia como tal; no requiere del ser humano como verificador de sí misma.

*La expectativa como condición de la ausencia*

Se podría objetar que si la conciencia no capta la nada, entonces ésta podría desaparecer y que hemos triunfado sobre ella. Si afirmamos eso nos equivocamos. La posibilidad de captar las cosas está en relación proporcional a la relación de tales cosas con su fondo. Todo lo que captamos es captado, precisamente, en su distinción a un fondo que la forma o figura no es. Toda forma tiene un fondo desde el cual se refleja. La nada es el fondo a través del cual se logra distinguir la forma (o la figura) que es todo lo tangible.

En el momento en que veo el fondo pierdo la forma; la forma se vuelve fondo cuando no es vista directamente. De tal modo, cuando veo la forma resalta el fondo. El fondo y la forma son imposibles de separar. Puedo ver el mar y no ser consciente de que capto el espacio que está al fondo de él; sin embargo, lo he captado. El fondo se capta siempre, cosa distinta es la conciencia de tal captación; no hay conciencia de la conciencia captadora, pero hay conciencia de lo que hay ahí, aunque no pueda notarse mientras se ve lo *único* que se focaliza. Entre el ser y la nada se columpian la forma y el fondo, no hay una sin la otra; al final, el fondo es la forma y la forma es el fondo.

A continuación tomaré un ejemplo que Sartre (2006: 50) utilizó cuando escribe sobre la naturaleza de la ausencia a partir de la no-presencia de un amigo suyo al que llama Pedro. El filósofo nos dice: “yo esperaba ver a Pedro, y mi espera ha hecho llegar la ausencia de Pedro como una acontecimiento real”. Si Sartre no hubiese esperado (como predisposición) a Pedro, entonces no habría existido la sensación de la ausencia de Pedro. La conciencia de la ausencia es producto de la expectativa de percepción. Al no percibir lo que se espera percibir, se siente la ausencia.

Del mismo modo, debido a que el hombre común no espera percibir la nada, no capta que no la capta. Es decir, no somos conscientes de nuestra ignorancia ante la presencia de la nada porque suponemos que no hay tal presencia, por no considerarla. Si no se percibe la nada, entonces viene el vacío; el ser no llena el espacio de la nada. No es la nada la que ocasiona el vacío; su causa es la ceguera ante la nada. Percibir la nada podría llenarnos.

Siguiendo con el ejemplo de la ausencia de alguien: si me enojo porque Pedro no ha llegado, acontece el vacío por su ausencia. En este caso, es un vacío generado por la

expectativa que tengo sobre la presencia de Pedro. La ausencia es dependiente de la expectativa fundada en que esté aquello que no está. Ahora bien, el hombre actual no tiene una expectativa de la nada, pero percibe la ausencia de algo. Ordinariamente esperamos llenar nuestros espacios vacíos con el ser (cosas, personas, hechos) y ante la insatisfacción con tales aspectos percibimos la ausencia. La ausencia está en función a nuestra expectativa, persiste en ella más que en la no-presencia de algo o alguien.

Sin expectativa no hay ausencia sentida. ¿Qué tal si esperamos la nada y nos llenamos de ella? Lo primero que tendríamos que hacer es darnos cuenta de su ausencia-presencia en nuestra opinión de la vida. Si la incluimos (de hecho lo está), si la contemplamos, podríamos asumir que los espacios aparentemente vacíos están llenos de nada, llenos en el sentido explícito. Sin embargo, al no esperar la nada, al no desearla, no nos percatamos de su ausencia-presencia. Hay que hacer notar que no es que la nada esté ausente, en el sentido literal de la cuestión, pues está —de hecho— en nosotros. No obstante, la nada permanece ausente a nuestra percepción en el sentido de que no la contemplamos, implicando que nos sintamos huecos y deseosos de llenarnos de algo o alguien.

Percibimos la ausencia pero la ausencia no *es* por sí misma, sino en medida que le antecede el deseo o la expectativa por aquello que no captamos o sentimos. En ese sentido, sólo sentiré la ausencia de algo si tengo la predisposición a captarlo. En lo que se refiere a la nada, ésta siempre está a la manera de posibilidad de las ausencias, pero no es ausencia en sí misma. Debido a que no esperamos la nada, no captamos que no la captamos y se vuelve —en el sentido cognitivo o de aprehensión consciente— una ausencia de la captación de su propia ausencia. No nos damos cuenta de que no percibimos la nada porque no tenemos la predisposición a percibirla. Si acaso pudiésemos ser capaces de esperar la nada y contemplar su ausencia no ausente, podríamos también darnos cuenta de que los vacíos que suponemos en nosotros no están realmente así, pues están llenos de nada.

La nada es lo único que nunca está ausente, pues permanece siempre como posibilidad de todas las ausencias posibles, aunque no sea por sí misma *la* ausencia. Todas nuestras esperanzas de ser llenados pueden ser traicionadas, a excepción de la esperanza de ser llenados de la nada, la cual está ahí desde el momento mismo en que somos y hasta que dejemos de serlo para *cohabitar* en ella.

Nuestras frustraciones son proporcionales a nuestras expectativas centradas en el ser. La ausencia, entonces, es la no-presencia. La nada es siempre presente pero no esperada y por ello es ausente su ausencia. Si la esperáramos sabríamos que la tenemos; pero no se trata de esperarla puesto que no se puede esperar lo que ya se tiene. A la Nada no se le espera, más bien se trata de contemplarla.

Tampoco es lo mismo la no-presencia que el no-ser. La no-presencia implica que algo no está *frente* a nosotros, o al alcance de su captación en nosotros. El no-ser, más allá de estar sometido a la captación o no de sí debido a la cercanía, está en el plano de lo que no es captable bajo ninguna posición o contexto posible dentro del plano de lo que es.

Por otro lado, conviene separar dos modalidades del vacío: el ontológico y el experiencial. Con el primero me refiero al vacío de los físicos, en el cual me centraré más adelante; el segundo es otro tipo de vacío, el vacío subjetivo, la experiencia personal de sentirse vacío. Precisamente, cuando hablamos de una experiencia de vacuidad, intuimos el vacío como una vivencia subjetiva, contingente, creada por el hombre; esta experiencia subjetiva del vacío, naturalmente, no existe por sí misma, requiere a un hombre que se sienta vacío. En el ejemplo de Sartre, la ausencia de Pedro persiste en la medida que él *espera* a Pedro; la ausencia física de Pedro frente a los ojos de Sartre persistiría, pero la vivencia de su ausencia se diluye al no esperar su presencia. La ausencia se debe a que la presencia *no es*. Lo que convierte tal ausencia en vacío es la expectativa de la presencia de Pedro.

257

JULIO  
2016

Si esperar algo que no llega supone su ausencia ante nosotros, entonces, en función a no percibir la ausencia de algo, tendríamos que dejar de esperar. Pues bien, ¿de qué modo puedo dejar de esperar? Muriendo. En ese tenor, la opción fundamental en la vida no es entre ser libre o no, entre ser feliz o no, entre tener hijos o no, sino sobre qué cárcel puede ser menos dolorosa; en suma, la única decisión fundamental, tal como percibió Camus, es entre morir y vivir. Ser, es la primera cuestión que nos orilla a la muerte, por más paradójico que esto pueda resultar. Por ende, la mayor ignorancia posible es saber. No es necesario morir de una vez por todas, sino morir poco a poco. También existen expectativas a las que debemos morir o que deben morir en nosotros, ya hablaré de ello más adelante.

Sartre (2006: 58) refiere que “no hay no-ser sino en la superficie del ser”; observa al no-ser como algo dependiente del ser, lo cual considero correcto; sin embargo, unifica la nada con el

no-ser y no prospera en su conclusión. La nada no es sólo el no-ser que está bajo la falda del ser; la nada contiene al ser que aparece en la superficie ante nuestra percepción, de ahí que su captación antecede (y usualmente evita) la intuición de la nada. Suponemos conocer el Ser con base en lo que captamos, pero no lo comprendemos sino hasta que contemplamos la Nada que está detrás de todas las superficies del ser.

Lo que está a la superficie es el fenómeno que acontece, pero éste no contiene la esencia de las cosas, sino que es evidencia de su interacción. Es por ello que la comprensión de la realidad, a través de la fenomenología, es siempre parcial; sólo contamos con representaciones, no es posible poner entre paréntesis lo que no es el objeto captado. Incluso la objetividad es una quimera, pues para que el objeto pueda ser captado debió reducirse a una representación; de esto se desprende que no contactaré jamás con lo real, sino que sólo rozaré la velación que mantiene en lejanía a la verdad. Lo errado de nuestras afirmaciones fenomenológicas consiste en proponer como algo verdadero aquello que sólo es representación.

No hay tampoco hermenéutica pura posible, solo una hermenéutica fallida a partir de la visión ilusa de las cosas. No hay algo que sea únicamente ser, o un ente que sólo sea; las cosas que existen están siempre en la latencia de ser y no ser. Cuando absolutizamos cuestiones como la libertad, que termina siendo una ilusión, nos cegamos ante la evidencia de la constante parcialidad. La libertad es el nombre artístico de la negación de la impotencia. Lo que propongo es una liberación de la libertad, que el aprendizaje sea posible a través de un albedrío dialéctico siempre en deliberación con las representaciones. Nadie sale vivo del mundo de la representación.

Si el no-ser y el ser pueden convivir, entonces no sólo es uno de los dos mientras el otro no, como si sólo existiera el acto dejando excluida a la potencia. Si el no-ser y el ser son una misma cosa interdependiente, entonces la potencia, en otro plano, se constituye como algo que es. Podemos percibir las posibilidades como algo real, a pesar de que no estén aconteciendo. El no-ser es, en nuestra percepción representativa, lo aún-no-captado-como-ser. Es por eso que un “te amo” siempre es un “te odio” posible, lo contiene, pero aún no es captado así. Sin embargo, el no-ser de ese “te amo” está latente debido a que también es. Cuando podamos captar ambos asuntos como parte de todo lo existente, entonces no habrá



aflicción posible cuando el “te odio” —como potencia— se convierta en acto, pues todo habría predecible y esperable.

Concretamente, cualquier persona que nos diga amar nos puede dejar de amar, pues la afirmación supone la posibilidad de la negación; el no-ser es lo aún-no-captado, pero no por ello es lo no existente o lo no posible. De tal modo, puedo esperar cualquier cosa de quien me dice amar, así como puedo esperar múltiples combinaciones y consecuencias derivadas de todo lo que existe. La solución al problema de las expectativas no consiste en no esperar nada, sino en esperarlo todo. Lo fundamental es no esperar con deseo exclusivo, no confiar en que todo sea del modo que se anhela. Tampoco se trata de no apasionarse, sino de estar dispuesto a aceptarlo todo; la disposición a la pasión por todo es mejor que la pasión inútil, la cual se aferra a un único objeto de pasión.

En el mundo de lo real no hay fidelidad predefinida ni garantía de alguna exclusividad, lo inesperado es también parte de los planes. Lo que percibimos es sólo una fracción efímera de ese universo de posibilidades latentes que ya son, pero que no-son-aún-captadas. Si alguien logra esperarlo todo por mediación de la aceptación de la nada totalitaria, habrá entendido de qué trata todo esto.

### *La percepción como condición de la ausencia*

Además de la expectativa, otro factor que condiciona la captación de la ausencia es percibirla al no percibir algo. Supongamos que tengo una cita en el parque con una mujer llamada Paulina; quien después de esperarle no llega. Que no la vea en el parque no significa que Paulina es la nada, sino que su presencia no está en *ese lugar* específico; es un hecho que la presencia de Paulina está en un sitio que no percibo. A ese no-ser de la presencia de Paulina conmigo (no de Paulina en sí) es lo que llamamos ausencia. De este modo, no sólo no percibimos el no-ser de alguien sino que tal no-ser se *muestra* al no percibirse algo. Que Paulina no esté en un lugar no significa que Paulina no sea. Paulina *es* en otro lado. De tal modo, lo que no percibo no es, por eso, la nada; por el contrario, la nada, como un no-ser, es la manera ausente concreta en que algo está para mí.

En este momento puedo tener la expectativa de que un libro perdido se encuentre en mi librero. Al buscarlo y no encontrarlo me doy cuenta de que no está ahí, capto su ausencia y se

vuelve claro su no-ser frente a mí en ese espacio específico. Pero esta ausencia del libro es sólo en el sentido de no estar siendo percibido, es una afirmación relativa a un modo de ser de algo que, de cualquier modo, sí existe: mi libro. El objeto del que hablamos no está frente a mí, pero eso no significa que no sea; en tal caso, su presencia *es* lo que no es. Si yo afirmo que el no-ser del libro buscado se hace presente cuando no lo veo en el librero, estaría suponiendo que la esencia del libro depende de mí. No es así. La nada (no-ser) de la presencia del libro en un lugar específico es lo que yo percibo (al no percibirlo).

Entendamos que mi libro es, pues mi libro no es la nada. Puede que una semana después encuentre mi libro en la cajuela del auto. Su no-presencia para mí se ha vuelto ausencia y ahora su presencia es. Pero antes de encontrarlo, ese libro era una no-presencia para mí, una ausencia. El libro no ha dejado de ser lo que es, pero también ha representado una ausencia *para mí*. Esta ausencia fue percibida en un principio (al no verlo), pero posteriormente (al verlo) lo ausente es su ausencia, puesto que ahora está presente su presencia. En un primer momento, la presencia del libro era potencia y su ausencia era en acto; posteriormente (al encontrarlo), su presencia es en acto y su ausencia es en potencia (pues puede volver a perderse). Pues bien, el acto y potencia que hemos descrito *son*, pero se sujetan a mi perspectiva de la cosa o el objeto.

260

JULIO  
2016

Ahora bien, ¿puedo decir que el acto y la potencia son independientes de mi percepción? La respuesta es que sí, pero en el entendido que no lo serán para mí, sino en referencia a otra subjetividad que construye esas posibilidades. Es decir, si yo muero, el mismo libro puede ser presencia o ausencia para otra persona. Aun sin morirme, es presente y ausente para otras personas al mismo tiempo. ¿En qué momento la nada o el ser serán independientes de una subjetividad que los capte? Desde el plano de lo ontológico siempre son independientes; en el ámbito de lo subjetivo, de la percepción de lo fenoménico, siempre el ser o la nada necesitarán subjetivarse para ser conocidos.

Sin embargo, en otros planos, en lo que respecta a la independencia de la nada ante el ser, ésta existiría aun sin un individuo que la capte. Por ejemplo, imaginemos que no existe un solo humano sobre la tierra (ante lo cual sería innecesario responder a esto como imposible hacerlo), pensemos también que se elimina la tierra y todo Universo existente; ahí, en tal caso, la nada y el ser dejarían de ser captables al no existir ningún observador.

## Conclusión

Si el vacío no es la nada, sino sólo una manifestación de la misma en el plano de lo físico, en su no manifestación o en su presencia que es ausencia del resto de cosas, entonces la nada supera el plano de lo estrictamente físico. Su concepción ha estado presente en las matemáticas, con la analogía del cero, el cual es el símbolo del no número. Si el cero es tan significativo para la comprensión de las matemáticas, la nada lo es también en el plano de lo ontológico para la comprensión del ser. El ser y la nada están vinculados, al grado de que el estudio de uno sin el otro, intentando separarlos, sólo lleva a la confusión. Tal actitud dicotómica ha privado a la filosofía contemporánea de la inclusión de un tópico central de la reflexión filosófica de la antigüedad.

A diferencia de la negación, que requiere del hombre que la enuncie, la nada no es contingente a ninguna opinión o postura humana; de igual modo acontece con la ausencia, la cual está sujeta a la conciencia de la no presencia de algo o alguien, según la expectativa y percepción que se tenga de las cosas y del mundo.

La nada ha estado presente en las manifestaciones artísticas, como aquello que no se posee pero se desea expresar o aquello que se vive y se exterioriza a través de una obra. La ciencia ha incursionado históricamente en el ámbito de la nada al tratar de estudiarla como vacío; no obstante, en la actualidad puede abordarse desde diferentes posibilidades vinculadas a la realidad cuántica y a las interesantes vetas de exploración que conciernen al espacio, los agujeros negros, la materia oscura, la energía oscura o cuestiones similares. De tal modo, la negación de la nada está realmente lejana de tener sentido, a menos que nuestra expectativa y percepción sean tan pequeñas como para admitirlo.

## Referencias

Barrow, John (2001). *El libro de la Nada*, Barcelona, Crítica.

Kaplan, Robert (2000). *Una historia natural del cero: la nada que existe*, México, Océano.

Sartre, Jean Paul (2006). *El ser y la Nada*, Buenos Aires, Losada.